

MÁS ALLÁ DEL SIGLO XX

La crisis del edificio en la
enseñanza del Taller de Proyectos

Rodolfo Cortegana



Rodolfo Cortegana Morgan. Socio fundador de la oficina Llosa Cortegana Arquitectos, con estudios de maestría en museología y licenciado en arquitectura. Desarrolla su práctica profesional con Patricia Llosa. Su oficina ha recibido varios premios nacionales e internacionales. Es profesor de Arquitectura PUCP desde su fundación. Actualmente dicta el Taller de Proyectos PFC con Patricia Llosa y Sebastián Cillóniz, coordina el área de Talleres de Proyectos y es miembro de la Comisión de Estudios.

Imagen 1. Edificio del Ministerio de Educación. San Borja, Lima. Foto: Rodolfo Cortegana.

Suponiendo que nosotros queramos
la verdad: ¿por qué no, más bien, la no-verdad?
¿Y la incertidumbre? ¿Y aun la ignorancia?

Friedrich Nietzsche
Más allá del bien y del mal

UNO

En los últimos veinte años nuestro país ha tenido dos crecimientos inusitados. Por un lado, su infraestructura pública se ha acrecentado de manera sostenida, intentando cerrar la brecha respecto a la carencia de edificios para albergar las dependencias del Estado y con el objetivo de disponerlas para prestar servicio al ciudadano; por otro lado, hay un aumento exponencial de las escuelas de arquitectura y, con ello, miles de arquitectos y arquitectas formados en sus aulas.

Entendemos que, para muchos arquitectos, su ejercicio profesional está ligado a la posibilidad de proyectar, en los edificios que construirán, la imagen de sus ciudades o comunidades; y que aquello será parte de su responsabilidad en la definición de los espacios que habitamos. Una ciudad adquiere su carácter partiendo de muchas variables —la cultura de su población, su traza urbana, sus espacios públicos su territorio, etcétera—, pero, sobre todo, a partir de sus edificios: aquellos que serán proyectados, en su mayor parte, por arquitectos que egresaron de las escuelas de arquitectura con el ánimo de mejorar la vida urbana a través de la calidad arquitectónica.

Las escuelas de arquitectura, como decíamos, se han multiplicado por todo nuestro país, generando una oferta también insólita de arquitectos que se insertan en el medio laboral. El resultado natural debiera ser tener ciudades «de calidad», reflejo de esa masa crítica, por lo menos en el diseño arquitectónico de sus edificios públicos.¹

Esta situación nos obliga a hacernos algunas preguntas: ¿por qué, habiendo facultades de arquitectura en todas nuestras ciudades, nuestra infraestructura pública ofrece, en su mayor parte, edificios de tan poca calidad arquitectónica?

Escuchamos permanentemente, de parte de los gremios y las asociaciones profesionales, que la responsabilidad de esta precaria calidad arquitectónica recae en funcionarios del Estado y autoridades, a quienes se les achaca el imponer trabas e imaginarios afiebrados. Pero está claro que la responsabilidad es de los arquitectos que proyectan dicha infraestructura, en tanto que sus valoraciones arquitectónicas son el resultado de su formación en las escuelas y su autoconfianza profesional viene legitimada porque están convencidos de ser arquitectos.

Ahora, incapaces de formular la defensa de sus decisiones arquitectónicas ante la ciudadanía, los profesionales de la arquitectura parecen replegarse detrás de su anonimato, a menudo coludidos con el silencio tras realizar grandes edificios estatales. Deslegitimados los concursos públicos, que al menos nos garantizaban una responsabilidad clara y precisa del gremio arquitectónico, los arquitectos han perdido toda presencia en la sociedad.

DOS

El Taller de Proyectos sigue siendo el espacio formativo más arraigado a los aspectos disciplinares que tienen los estudiantes de arquitectura. Es allí en donde se instalan, partiendo de procesos pedagógicos, los sistemas de valoración que irán formando el imaginario de sus decisiones arquitectónicas; y donde se construyen como arquitectos a partir de los edificios que proyectan. Una malla curricular de arquitectura no puede prescindir de los talleres de proyectos, pues es el eje que fundamenta la formación de cada estudiante.

Durante sus diez ciclos de aprendizaje, los alumnos se confrontan en el taller a un sinfín de tipologías, programas, lugares y problemáticas que cada pedagogía tiene a bien enseñar. Por ello, es entendible que cualquiera que haya egresado de la carrera de arquitectura se sienta capaz de proyectar un edificio —independientemente de la envergadura del mismo—, puesto que tiene la seguridad de ser arquitecto. Puede dudar de muchas cosas, pero nunca de que podrá resolver el proyecto que tiene en sus manos. Y eso, en la práctica, simboliza *la verdad*. Quizás ese convencimiento viene dado por las certezas que se instalaron en los talleres de proyectos al definir el «cómo proyectar»; es decir, pareciera que, según el criterio de algunas pedagogías, la arquitectura tuviera un horizonte de valoración universal, desde la cual un arquitecto podría colocar el mínimo de calidad en sus proyectos —siguiendo esas mismas pedagogías— y tener la tranquilidad de haber realizado un buen trabajo.

Sin duda alguna, en el desarrollo de los talleres de proyectos la masa crítica de docentes se ve desbordada por la cantidad de estudiantes que atender. Así, lo funcional en este aspecto es contextualizar las pedagogías bajo los paradigmas teóricos con los que se formaron aquellos docentes que las imparten, paradigmas que en su gran mayoría pertenecen a la episteme del siglo pasado; y con ello, docentes sin ninguna posibilidad crítica de reflexionar sobre los aspectos de valoración que constituyeron los fundamentos de su propia formación.

¿Son nuestros edificios públicos el reflejo de nuestra formación en los talleres de proyectos?

En la confrontación de ciertas verdades arquitectónicas, la modernidad ortodoxa tuvo un impacto enorme en el Nuevo Mundo con sus valoraciones sobre el progreso y sobre cómo la arquitectura establecía la agenda para alcanzarlo. El estilo internacional, producto de esa narrativa, se jerarquizó en países como el nuestro, intentando hacer *tabula rasa* de toda referencia al pasado. Numerosas escuelas siguen colocando dichas valoraciones como verdades universales bajo las cuales la «buena» arquitectura debe sustentarse y así garantizar las mejores decisiones arquitectónicas para sus proyectos. Como dice Valerio Olgiati (2020), es nuestra «leche materna universal».

Es indudable que, frente a la incertidumbre de la época, refugiarse en un andamiaje de valoraciones como el de la ortodoxia del siglo XX sigue siendo funcional para las pedagogías del taller. Sin embargo, en el campo de las ideas hemos tenido manifestaciones de otros pensamientos que estructuran una mirada más acorde a nuestros tiempos. Se puede decir, citando a Nietzsche, que «Dios ha muerto», y que el estilo internacional y las valoraciones arquitectónicas que instaló la modernidad



Imagen 2. Municipalidad Distrital de Paracas, Ica.

ortodoxa están muertas. Por lo tanto, su moralidad, en relación con la función, no puede seguir jerarquizada ni ser reemplazada por otras narrativas como la ecología o la política: «Podemos incluir a los arquitectos como culpables que erróneamente creen que la salvación de la arquitectura, en nuestros tiempos de desorientación, se basa en enfoques arquitectónicos que toman la base económica, ecológica y política como la principal para hacer arquitectura. Lo hacen con la esperanza de imbuirla de relevancia y rectitud moral» (Ogiati 2020: 19).

En la enseñanza del proyecto, es evidente que los procesos pedagógicos basados en los paradigmas arquitectónicos del siglo XX, sin una mirada crítica, no encuentran su fundamento en un mundo en el cual las agendas de los jóvenes estudiantes de arquitectura ya han cambiado. Procesos lineales con sistemas de valoración anacrónicos, que se dan por ciertos, solo generan que el proyecto (el edificio) —como espacio para la discusión en el taller—, se coloque en crisis. No por problematizarlo, sino más bien porque no encuentra su sentido.

Como estudiantes del taller de proyectos, los jóvenes están permanentemente confrontados a la crítica que valora o deslegitima las ideas puestas en el proyecto/edificio. Así, el alumno se legitima como mejor estudiante de arquitectura a partir de las decisiones del entorno docente que lleva el taller. Esta práctica cotidiana en la formación, que conduce a cada estudiante a encontrarse y construirse desde lo que proyecta, en algún momento ha dejado de tener sentido, ya sea por el tipo de edificios que se encargan o por la manera en que las pedagogías se instalan en el taller, prescindiendo de una discusión disciplinar

que le permita al alumno seguir reflexionando, a partir de lo arquitectónico, como pregunta a sus intereses. De este modo, el proyectar carece de significado y sentido, porque todo ello se convierte en solo la capacidad de organizar un listado de espacios que se ubicarán en un lote, a veces genérico, como respuesta a las grandes carencias de nuestra sociedad.

Las valoraciones que se instalan en muchos talleres son atávicas e inflexibles a la ortodoxia de la primera mitad del siglo XX, y no reconocen, en la dimensión de nuestro pasado y presente arquitectónicos, valores que nos permitan vincular a los alumnos con los intereses del mundo de hoy. Las referencias que se insertan en la práctica de los talleres de proyectos debieran ser hallazgos que los docentes llevaran a un primer plano, y no paradigmas universalistas, resultado de una mirada anclada en absolutos que parten de un esquema mental conservador. La relación jerárquica y objetual con el lugar, el sentido del programa que excluye las nuevas formas de relacionarnos, así como el proceso que jerarquiza en un único concepto el gobierno de las decisiones arquitectónicas, son parte del entorno desde donde el edificio pierde su sentido en las aulas. Partiendo de un lugar más *débil*,² dichas pedagogías podrían ubicarse en el centro de una discusión más abierta, en vez de seguir posicionándose, desde su jerarquía compositiva, como basamento del fundamento formativo para la disciplina.

Con respecto a nuestros edificios públicos, es indudable que, como producto de nuestra formación, el anclaje en sus procesos proyectuales —en un mundo en donde el sentido del edificio y de su producción tiene que construirse de manera



Imagen 3. Casa de la Juventud Prolongada. Miraflores, Lima.

específica y en cada caso particular— impide pensarlos desde otros horizontes. Para ser más precisos, se puede establecer la postura de Ignasi de Solà-Morales como una premisa que permite esclarecer dicha idea:

La interpretación de la crisis del Proyecto Moderno solo puede hacerse desde lo que Friedrich Wilhelm Nietzsche llamó «la muerte de Dios», es decir, desde la desaparición de cualquier tipo de referencia absoluta que de algún modo coordine, «cierre», el sistema de nuestros conocimientos y de nuestros valores a la hora de articularlos en una visión global de la realidad (1998: 66).

En el propio siglo XX —durante su segunda mitad— hubo intentos de desplazar esta jerarquía y liberarse de la moral que se establecía como su espada de Damocles. Los textos y premisas de Robert Venturi, establecidos en su libro más polémico, *Complejidad y contradicción en la arquitectura* (1966), solo explicitaron un retorno a sistemas de valoración que precedían a la modernidad, pero no cambiaron la episteme de la época para pensar la arquitectura desde otro lugar más *débil*; solo establecían, a veces, un nihilismo parcializado, sobre todo con su definición más interesante del *difícil conjunto*. Por su parte, Peter Eisenman (2017) intenta desplazar las variables que sustentaban el poder en los principios de valoración arquitectónicos, pretendiendo, desde una metodología de proyección que alude a lo arbitrario como un injerto, sacudirse de esas premisas cargadas de absolutos y trascendencia.



Imagen 4. Contraloría de la República, sede Av. Arenales, Lima.

Es así que no escuchamos mucha discusión respecto a los edificios de dudosa calidad arquitectónica que vemos aparecer en nuestras ciudades, y que debieran empoderarnos como ciudadanos y ser la representación de los valores republicanos. Existe un silencio que legitima aquella arquitectura que aterriza sin ninguna consideración por su entorno, el patrimonio u otro valor que pueda ser impedimento para su deseo narcisista de realidad construida.

TRES

Regresando a las pedagogías de nuestra formación, un insumo de los talleres de proyectos son los edificios. El estudio de las decisiones arquitectónicas referidas a estos no solo nos muestra una elaboración respecto a la comprensión de sus alzados y espacios, sino, sobre todo, cómo ellos han sido respuesta a la época y el lugar en donde se han establecido. Existen en nuestro medio, apelando a un corte temporal transversal, manifestaciones arquitectónicas cargadas de significación que deberían ser el insumo central de un arquitecto que se forma en el Perú, y fuente para establecer una vía posible de nuevos imaginarios arquitectónicos.

¿Somos inimputables los arquitectos a la hora de proyectar nuestros edificios?

Es manifiesto que la seguridad de ser arquitectos nos empodera para actuar y decidir sobre la realidad espacial y urbana de un fragmento de ciudad o de una comunidad a partir de un edificio. Aquellas pedagogías que colocaron un sistema de

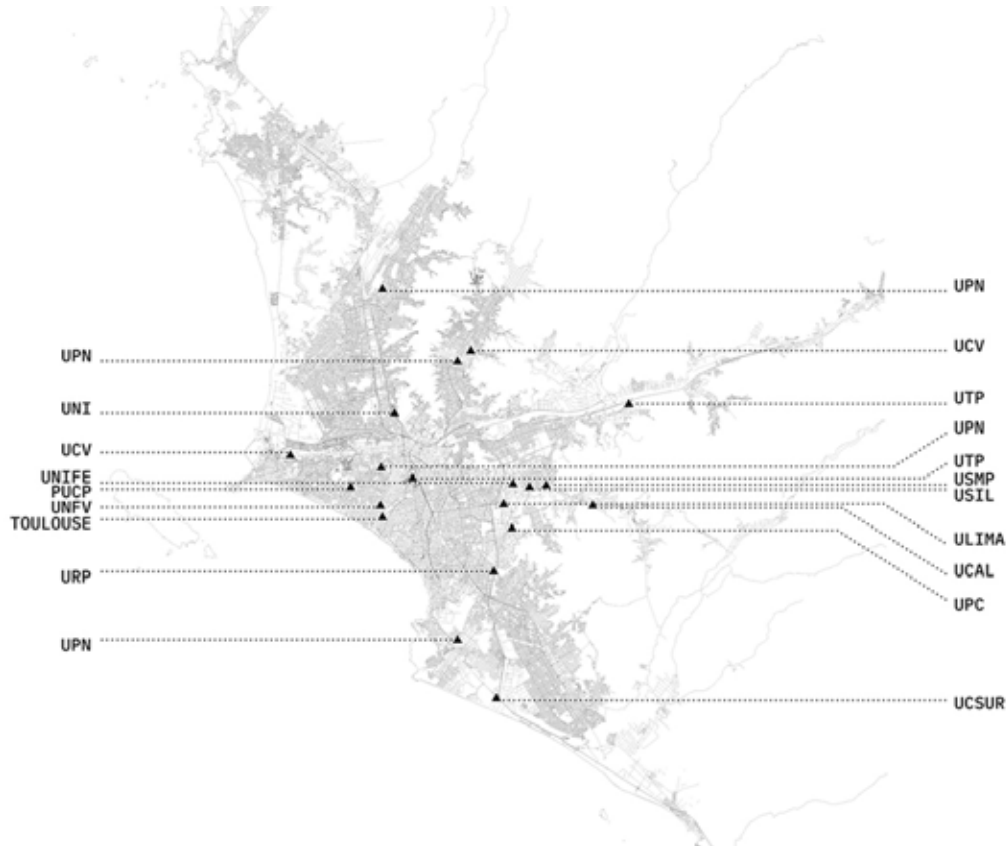


Imagen 5. Facultades de arquitectura, Lima.

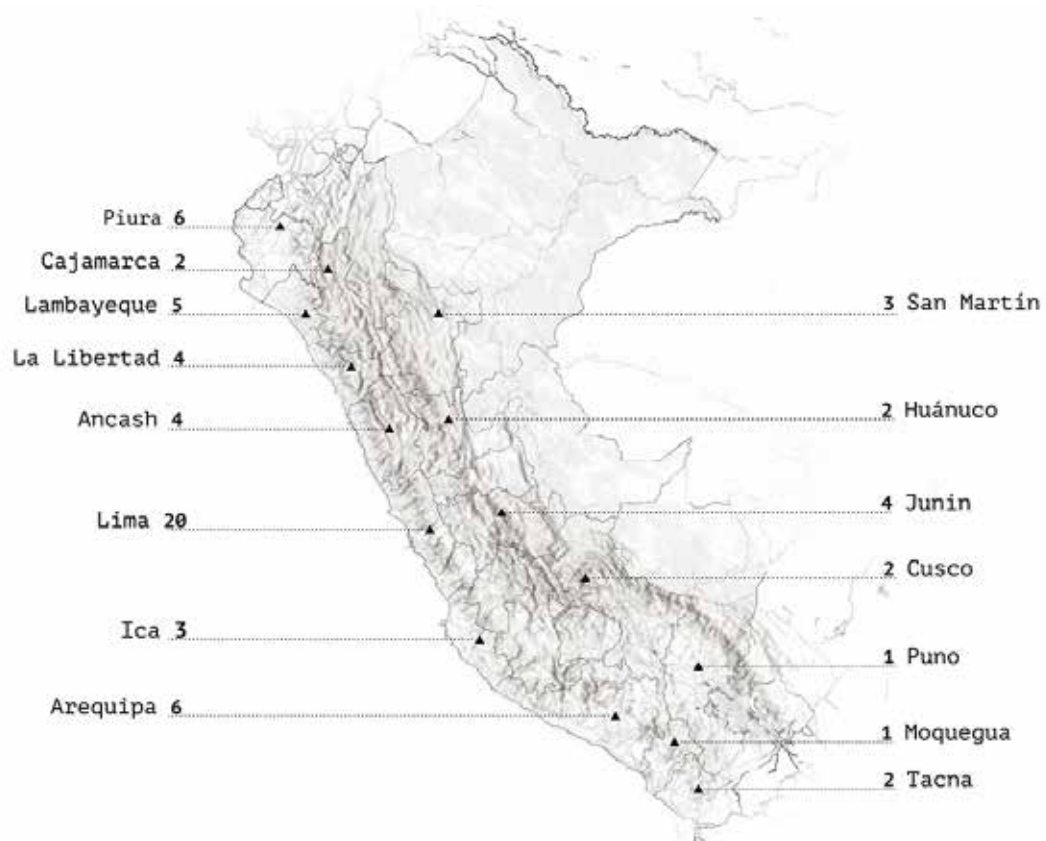


Imagen 6. Facultades de arquitectura, Perú.

valoración universal y absoluto en nuestro espacio formativo nos impiden dudar cuando proyectamos. Son aquellas certezas las que nos dificultan entender el edificio como una pregunta y no solamente como producto de una causalidad implícita en nuestro sistema de pensamiento.

En el esquema mental de quienes han proyectado la mayoría de nuestros edificios públicos no hay duda de ser arquitectos. Ese esquema mental no opera partiendo de su intuición para construir la realidad de la cosa en sí, desde su subjetividad; genera, más bien, una lógica que gobierna sus actos y que, como tal, trasciende toda realidad intuitiva. Como señala Schopenhauer, «la lógica es el saber universal del modo de proceder de la razón expresado en forma de reglas, conocido por la introspección de la razón y la abstracción de todo contenido» (2010: 174).

El edificio de ese arquitecto resulta de reglas o fundamentos que le permiten implementar *a priori* decisiones arquitectónicas sin cambiar la realidad del entorno en relación con el ciudadano, ya que ello implicaría empezar a cambiar el sentido de su fundamento. El proceso de pensar sobre esta forma de operar y tomar decisiones está bloqueado por la seguridad y la jerarquía; se enmarca en una visión con pretensiones universalistas y permanencias atemporales, sin el compromiso de aceptar que puede ser desmantelada o transformada por los propios ciudadanos que habitan en los lugares intervenidos.

De esta manera, nuestro medio forma arquitectos que no tienen ninguna responsabilidad frente a sus obras. Los edificios no los debilitan en absoluto. Su silencio, luego de acabada su construcción, no les hace mella; y muestran en sus imaginarios trasnochados su presencia inmutable, que implica el desprecio por el otro y el despilfarro de fondos públicos. Además, la falta de crítica arquitectónica en nuestro medio genera impunidad. Pareciera que estamos condenados a una representación arquitectónica que no establece las agendas de la época ni se confronta al escrutinio público de la disciplina.

Volviendo a lo proyectado de la infraestructura pública: nuestra época nos exige que los edificios construyan su propio sentido y que le otorguen sentido a cada tiempo; pero esto se debería pensar no a partir de la universalidad de las decisiones arquitectónicas, sino más bien desde lo transitorio y relativo al quehacer y al lugar específico.

¿Es posible conciliar las agendas políticas con lo arquitectónico? Nuestra sociedad nos ha confrontado a la imposibilidad de desligar el diseño arquitectónico de los edificios públicos de las luchas por la reivindicación social y contra la desigualdad, y con ello nos impele a aportar en la construcción de nuestra ciudadanía. No se puede tener una posición política de reivindicación para con nuestra sociedad que no pase por habitar edificios públicos que permitan desplegar una experiencia vinculada a esos valores. Proyectar edificios públicos pone de manifiesto una gran responsabilidad, a la cual la disciplina se confronta cada día en sus talleres de proyecto y en su espacio profesional. El edificio público lleva en sí el compromiso ciudadano de transformar una sociedad atascada y confrontada con su desigualdad. La arquitectura pública trabajada a partir del edificio es una posibilidad tangible para las batallas políticas

que nuestro país necesita; pero sabemos que, aunque son agendas que van en un solo sentido, cada cual marca una especificidad y rigurosidad que la disciplina de la arquitectura requiere. Aclarar dicha condición es clave para el cambio que se debe dar en nuestras aulas.

El Taller de Proyectos es el espacio en donde uno se confronta de manera rigurosa con la discusión proyectual e intelectual del edificio. No basta con relatos bienintencionados; es necesario plantear pedagogías que puedan ir más allá del siglo XX. Los imaginarios arquitectónicos tienen que nutrirse de miradas y representaciones abiertas al acontecer arquitectónico más periférico, complejo y popular que ha transformado nuestro territorio y que tiene el suficiente arraigo en nuestra historia arquitectónica. A ello debe sumarse, además, una mirada sin complejos de los avatares contemporáneos del mundo globalizado.

Por último, el discurso sobre la renuncia al edificio en sociedades como las nuestras, que entusiasma a un sinnúmero de docentes de nuestras facultades, en lugar de ser un acto revolucionario se convierte en una postura irresponsable. Nuestro derrotero es con el edificio como herramienta para transformar y mejorar nuestros entornos sociales, medioambientales y territoriales. Renunciar a pensar el edificio partiendo de sus nuevas valoraciones espaciales e inteligencias disciplinares es renunciar a ser parte del cambio de la infraestructura social de nuestro país.

NOTAS

- 1 Queremos dejar de lado la infraestructura construida en el ámbito de la vivienda, dada la gran informalidad y la autoconstrucción que se dan en nuestras ciudades, y enfocar nuestra reflexión solo en los edificios públicos estatales, por ser estos construidos con fondos de todos los ciudadanos.
- 2 Nos interesa dialogar con el uso de este término por parte de Gianni Vattimo: «El pensamiento débil constituye, sin ninguna duda, una metáfora y una cierta paradoja. Pero en ningún caso podría transformarse en la sigla emblemática de una nueva filosofía. Se trata de una manera de hablar provisional, e incluso, tal vez, contradictoria, pero que señala un camino, una dirección posible: un sendero que se separa del que sigue a la razón-dominio, traducida y camuflada de mil modos diversos» (Vattimo y Rovatti 2006: 16).

BIBLIOGRAFÍA

- Eisenman, Peter (2017). *11+ L. Una antología de ensayos*. Barcelona: Punte Editores.
- Nietzsche, Friedrich (2012). *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Alianza Editorial.
- Olgiati, Valerio (2020). *Arquitectura no-referencial*. Ciudad de México: Arquine.
- Schopenhauer, Arthur (2010). *El mundo como voluntad y representación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Solà-Morales, Ignasi de (1998). «Arquitectura débil». En *Diferencias: topografía de la arquitectura contemporánea*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Vattimo, Gianni y Pier Aldo Rovatti (editores) (2006). *El pensamiento débil*. Madrid: Cátedra.
- Venturi, Robert (2018) [1966]. *Complejidad y contradicción en la arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili.